

GUILLERMO FELIU CRUZ

**ALEJANDRO FUENZALIDA GRANDON**

**(1865 - 1942)**

*Su contribución a la bibliografía  
del desarrollo intelectual de Chile*



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile

1969

GUILLERMO FELIU CRUZ

ALEJANDRO FUENZALIDA GRANDON

(1865 - 1942)

*Su contribución a la bibliografía  
del desarrollo intelectual de Chile*



BIBLIOGRAFOS CHILENOS

Santiago de Chile

1969

### *La inicia-*

*ción.* En Fuenzalida Grandón las aptitudes de historiador y bibliógrafo se hermanaron armoniosamente, y si bien es cierto que sólo en algunas ocasiones hizo bibliografías, sus libros, como en el caso de Amunátegui Solar, son fuentes de estudio y de consulta para las cuestiones de erudición en esta materia. Cuando encontró el camino de su vocación por los estudios históricos, que antes había sido el de la sociología, fue dirigido muy de cerca por dos grandes maestros: Barros Arana le enseñó a investigar conduciéndole la aptitud hacia la bibliografía como base del conocimiento histórico, y René-Moreno lo nutrió de experiencia bibliotecológica y bibliográfica en los trabajos que realizó a su lado. Las enseñanzas directas de esos dos hombres ilustres, Fuenzalida Grandón las recibió muy joven, cuando desempeñaba un modesto cargo de Inspector en el Instituto Nacional. Había nacido en el norte, en Copiapó, el 21 de diciembre de 1865 del matrimonio de José Fuenzalida y de la señora Eugenia Grandón. El suyo fue un hogar muy pobre, pero animado de ambiciones para dar a los hijos una situación por el estudio y las profesiones liberales. Y eso se consiguió: el hermano de Fuenzalida Grandón, José, fue un notable geógrafo, y él mismo, abogado y profesor. Estudió las humanidades en el Liceo de Copiapó, distinguiéndose como alumno aventajadísimo. “Guardo gratitud —nos decía en una carta pública autobiográfica— a dos rectores del liceo provinciano en que hice mis humanidades y seguí el curso superior de matemáticas: José Antonio Carvajal, discípulo predilecto de Domeyko y Elías Cruz de la Cruz, que le siguió en el rectorado. Ambos fueron para mí como un segundo padre. Tanto es así que me proporcionaron empleo a mérito en el colegio, nombrándoseme primero inspector del internado y observador meteorológico, en seguida, en reemplazo de mi hermano José”. En ese liceo se aplicó en Chile por primera vez el régimen de la coeducación y ya el establecimiento se había hecho notar por ser un centro de ideas avanzadas. Acen-

tuaban esas tendencias liberales, la influencia moral de dos figuras de las letras y de la política, el poeta Guillermo Matta y su hermano, el estadista Manuel Antonio, que fuera Intendente de la provincia durante una parte de los estudios de Fuenzalida Grandón. Manuel Antonio Matta era el jefe del Partido Radical. Cuando el joven comenzó a intimar con el Patriarca Matta —así se le llamaba— no habíanse despertado aun las aficiones literarias, y el rumbo de su carrera parecía ser muy otro por el influjo de su padre que descaba consagrarlo a las matemáticas para obtener un ingeniero, como su hijo José. Las aspiraciones del padre no prosperaron, porque Fuenzalida Grandón no fue nunca un aventajado alumno en ese ramo y sí en los humanísticos. Hubo, pues, de torcer la línea. A una exigencia de Manuel Antonio Matta, debió Fuenzalida Grandón su primer trabajo literario. Imperiosamente le ordenó que en el día del centenario del nacimiento de Andrés Bello, el 29 de noviembre de 1881, pronunciara en el liceo el elogio del Maestro. Tenía 16 años. Una profunda influencia ejerció después sobre Fuenzalida Grandón el profesor Juan Serapio Lois. Inteligencia dotada como pocas para el estudio, dueño de una voluntad firme y resuelta para sobrellevar las cargas más pesadas del trabajo intelectual, Juan Serapio Lois tenía los arrestos de maestro, de forjador de conciencias, de cincelador de almas. Sin embargo, le enturbiaba la pasión, el odio antirreligioso, un sectarismo sin límites. Su influjo intelectual y moral sobre Fuenzalida Grandón tuvo algo de misterioso por la forma en que logró dominarlo. Lo guió en sus lecturas, le proporcionó los libros y le explicó la filosofía, sobre todo la positiva de Augusto Comte. Otro de los profesores que lo condujo en su formación intelectual, fue Adonis Oyaneder, catedrático de Historia, y a quien Fuenzalida Grandón reemplazaría más tarde como cronista y en seguida redactor suplente del diario *El Atacameño*, cuando hizose periodista. El Profesor de italiano Hilarión Marconi le enseñó este idioma, y le presentó a la dueña de la mejor librería copiapina, madame Pichonne, quien le facilitaba en préstamo las obras que despertaban su curiosidad.

*Recuerdos de juventud.* “Yo era lector infatigable —dice el mismo Fuenzalida Grandón— en lectura francesa, italiana e inglesa. Con grandes sacrificios llegué a juntar una vez dos pesos para comprar un libro, reuniendo las pequeñas cantidades que los días sábados me daban en la casa para mis gastos personales. Me leí los libros de historia y literatura que poseía la biblioteca del liceo. El Patriarca Matta me facilitaba la *Westminster Review*, señalándome los artículos que deseaba tradujese. Así vertí de esa revista el *Diario de la Reina Victoria* y otro sobre la positivista inglesa miss Martineau, descendiente de una familia hugonota expulsada de Francia después de la revocación del edicto de Nantes. Este artículo se publicó en *El Positivista*. El poeta Matta, quien estaba suscrito a la *Nouvelle Revue*, me facilitaba periódicamente los números que le iban llegando, marcándome con lápiz rojo los artículos que que-

ría que yo tradujese para la revista antes nombrada. Recuerdo, entre otros, la *Etiología de las hijas de Luis* xv. . . . El tiempo en que más me ejercité en traducir fue el de mi iniciación en las letras, cuando apenas era pichón de literato, ejercicio este que me proporcionaba más placer que dinero. Eso sí, me sirvió para intimar con gente que sabía mucho más que yo, algunos de notoriedad americana reconocida, y otros jóvenes de mi edad que la adquirieron entonces o la adquirieron en el correr del tiempo”.

*Periodista. El Atacameño.* La iniciación literaria la comenzó Fuenzalida Grandón como cronista de *El Atacameño*, diario fundado en 1856 y que por ese tiempo dirigían los hermanos Matta. En ese periódico ascendió a redactor. Escribió artículos de combate en defensa de la laicización de las instituciones del Estado, combatió la preponderancia de la iglesia Católica en la enseñanza, abogó por la separación de ella del Estado, luchó por la libertad religiosa y la igual condición de otras confesiones y defendió el Estado docente. En suma, como soldado de la causa del Partido Radical, sostuvo su programa en vigorosas campañas que movilizaron la opinión pública copiapina. El radicalismo era racionalista en filosofía. Empujado por otro radical, Juan Serapio Lois, que tan fuertemente conformó el espíritu liberal de Fuenzalida Grandón, éste se hizo positivista, prosélito de la Religión de la Humanidad, devoto de Augusto Comte. ¿La explicación? Estaba en esa edad en que la curiosidad intelectual es avivada por el terrible aguijón de la duda, de la incertidumbre. Perdida la fe, sentía un vacío, una herida donde ella se había anidado. Más que un sentimiento religioso, lo que le atrajo hacia el positivismo fue la razón experimental del sistema. Las seducciones de Lois concluyeron imponiéndosele.

*El Positivista.* Lois redactaba por esa época un periódico en el cual hacía su campaña positivista en nombre de la Religión de la Humanidad en la ciudad copiapina; en Santiago, por medio del folleto y del libro, de conferencias y artículos de prensa, Juan Enrique Lagarrigue, difundía los principios de ese credo. *El Positivista*, propiedad de Lois, apareció en Copiapó el 1º de noviembre de 1886. Tenía un subtítulo que decía: *Periódico filosófico, literario y moral. Organo de la Sociedad Escuela Augusto Comte para desarrollo del positivismo*. Su lema era el mismo que el autor de la *Filosofía Positiva* había consagrado para su religión: “Orden y Progreso. Vivir para los demás. Vivir para la paz pública”. En el prospecto del periódico se encuentran estas palabras: “El ideal del positivismo es uno de los ideales del radicalismo, es el principio del gobierno de los hombres libres por medio de la dirección de sus ideas, sentimientos y actos. Por esto, hemos creído que en una provincia donde domina el radicalismo debía levantarse un periódico que haga conocer la filosofía y la política positivas, la Ciencia y la Religión de la Humanidad”. Cuando

Fuenzalida Grandón entró a formar parte de la redacción de *El Positivista*, sus estudios predilectos eran los de la sociología, y en literatura le atraía manifiestamente el género costumbrista. Son, en efecto, muchos los artículos de esta naturaleza que encontramos en las páginas del periódico que llevan la firma de Fuenzalida Grandón, al lado de otros de divulgación histórica y de traducciones como las que ha recordado. Sobre la Religión de la Humanidad nada escribió. Se comprende el por qué. Podía sentir los efectos de esa idea, hacerla suya, si se quiere, vincularse espiritualmente a ella y servirla con fidelidad; pero la sicología de Fuenzalida Grandón debía, al fin, chocar con el sistema. ¿Por qué? Lo que caracterizó siempre su personalidad intelectual fue la objetividad. Era una inteligencia esencialmente realista, incapaz de abstracciones y de símbolos; un espíritu que buscaba antes que nada en la realidad misma, la esencia de las cosas, el objeto de ella, su razón de ser. Por eso, terminó alejándose de los postulados religiosos que sostenía el doctor Juan Serapio Lois, y lo hizo con pena, porque amaba al maestro, alma bondadosa. Un día le dirá: ¿Ud., don Juan Serapio, que ha combatido todas las religiones y la idea religiosa, pretende fundar otra? ¿No ve en esto una verdadera paradoja? Esa pregunta señaló su alejamiento de *El Positivista*.

*En Santiago. Estudios. Carrera periodística. La administración pública y lo docencia.* Se encontraba en Santiago cuando rompió con el doctor Lois. Llegó a la capital en 1885 nada más que con una carta de recomendación del Intendente de su provincia Manuel Carrera Pinto, que al conocer a Fuenzalida Grandón tan empeñoso en el estudio y tan activo como periodista, le tomó simpatía y lo ayudó. Había concluido los estudios humanísticos y debía seguir una carrera. “Débole a este noble patricio —dijo muchos años más tarde— mi entrada al Instituto Nacional de Santiago, por haberme recomendado a su Rector don Juan Nepomuceno Espejo”. Carrera Pinto le pidió a Espejo una insignificante inspección, con casa y comida, para que Fuenzalida Grandón pudiera estudiar. El Rector le concedió ese beneficio. En el Instituto, primero, y, en seguida, en la Universidad, conoció Fuenzalida Grandón a Barros Arana. Va a anudarse entre ambos una amistad que sólo tronchará la muerte del Maestro, en 1907. Cual un nuevo Erekman en sus conversaciones con Goethe, Fuenzalida Grandón, tuvo el cuidado de seguirlo en las suyas, anotar sus recuerdos y llevar el diario de esas charlas. El Maestro, por su parte, le recomendaba pequeños trabajos de investigación para adiestrarlo en los estudios históricos y bibliográficos, y, a veces, lo ponía a disposición de René-Moreno para confiarle tareas de catalogación en la Biblioteca del Instituto. Su radicalismo político recibió nuevos bríos al contacto de Barros Arana y con Valetín Letelier sostuvieron, en el diario santiaguino *La Ley*, encarnizadas batallas ideológicas y otras en favor de Barros Arana, como educador. Durante el curso de los estudios forenses, Fuenzalida Grandón

fue periodista de *La Libertad Electoral* y de *La Ley*. En las luchas políticas de su partido, se había singularizado y logrado tener ascendiente sobre sus correligionarios radicales, los cuales habrían deseado lanzarlo en la carrera política. Ya se había recibido de abogado en 1889, pero la profesión no le atraía. Le interesaba ser funcionario administrativo, y ese mismo año de 1889 ingresó al Ministerio de Instrucción Pública. En diez años cabales, recorrió todos los grados del servicio desde Oficial al de Jefe de Sección. En esas tareas burocráticas prestó servicios positivos a la enseñanza: conocía todo el rodaje ya entonces complejo de la maquinaria pedagógico-administrativa y la servía con conocimiento de los intereses nacionales. En el Ministerio trabajaba con el Subsecretario Enrique Matta Vial, quien imprimía a las decisiones administrativas un ritmo de seriedad y de competencia en las resoluciones. Fuenzalida Grandón permaneció en sus funciones hasta 1899. Fue Matta Vial quien estimuló al copiapino a ingresar en el profesorado, y antes de abandonar el Ministerio, en 1894, el Rector del Instituto Nacional Juan Nepomuceno Espejo, que le conocía y lo había apoyado en sus estudios universitarios, le dio, primero, la clase de Historia Moderna y Contemporánea, después la de Historia de América y, por último, la de Historia y Geografía. En la enseñanza secundaria profesó hasta 1913. Mientras tanto, era la universitaria la que le atraía con gran entusiasmo como un medio de sistematizar los conocimientos históricos y formar la juventud. De 1900 a 1901, fue Profesor de Derecho Administrativo de la Facultad de Leyes y Ciencias Políticas, y en este último año de 1901, lo fue del mismo ramo en el Instituto Superior de Comercio. Pasó después, en 1909, a la Escuela de Bellas Artes, dependiente de la Facultad de Filosofía y Humanidades, a ocupar la Cátedra de Estética e Historia del Arte. Por último, en 1913, al dejar la docencia en el Instituto Nacional, volvió a tomar otra cátedra universitaria en aquella misma Facultad, al profesar en el Instituto Pedagógico la de Historia Documental de América y de Chile. Sus alumnos recordaban sus clases llenas de una portentosa erudición. Cada materia era tratada en forma exhaustiva, fundamentada en una copiosa bibliografía crítica. La cátedra que ahora regentaba la había servido primero un notable Profesor alemán que prestó a Chile valiosísimos servicios. Se llamaba Hans Steffen; tenía más competencia en geografía que en historia, como que en la primera de estas ciencias era una autoridad. Después de brevísimo período, la desempeñó José Toribio Medina. Parecía que el insigne historiador y bibliógrafo, que llevaba en su cabeza todo el arsenal documental de la historia americana, estaría allí en su sitio. Pero no es siempre la sabiduría la que enseña mejor, aunque tal afirmación pueda parecer un desatino. Lo que hay es que Medina carecía de método pedagógico y ello fue un grave obstáculo para desenvolverse con acierto en el alumnado. Vino en seguida Luis Barros Borgoño, que había sido formado por el autor de la *Historia General de Chile*. En Barros Borgoño había, como profesor, lo que pedagógicamente faltaba en Medi-

na y había menos de lo que sobraba en el autor de la *Historia de la Literatura Colonial*. La cátedra tampoco, hasta entonces, tenía una orientación determinada ni su programa había sido fijado con un plan verdaderamente pedagógico. Correspondió a Fuenzalida Grandón estructurarla, dándole el programa por el cual elevó a su verdadero rango los estudios de Historia de América y de Chile en el Departamento de Historia del Instituto Pedagógico.

*Comisiones docentes y administrativas.* Esta fue, trazada brevemente, la vida docente de Fuenzalida Grandón, hasta su jubilación en 1918. Para completarla, debemos recordar que perteneció a las comisiones examinadoras de Bachillerato de la Universidad de Chile desde 1890; que fue Secretario de la Sección Literatura y Bellas Artes del iv Congreso Científico (1º Panamericano) de Santiago en 1908; que en 1910 fue Delegado del Gobierno de Chile ante el Congreso Científico Internacional Americano de Buenos Aires; que se le comisionó también, por el Gobierno, para estudiar en Europa el régimen docente universitario y el de los museos y galerías de arte de esos establecimientos en el curso de los años 1911 y 1912; que el Ministerio de Instrucción Pública lo destinó en comisión en 1911 para informar acerca de la organización y las dependencias de esta misma Secretaría de Estado en el de Prusia. Por último, en 1912, se hizo cargo de la Secretaría de la Comisión de Reformas del Ministerio de Instrucción Pública. Otras comisiones encargadas a la experiencia de Fuenzalida Grandón por la Universidad de Chile, de la cual era miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades desde 1921, están relacionadas con su versación histórica y erudición bibliográfica, y a ellas hay que aludir más adelante.

*Un ensayo sociológico.* Mientras tanto, la vocación por la historia no habíase desarrollado en su espíritu. La lectura de Augusto Comte, en esos años de plena juventud, le arrastró a la sociología, ciencia por la cual conservó toda su vida una predilección especial. Influenciado por esos estudios, en 1887, cuando tenía 22 años participó Fuenzalida Grandón en el certamen abierto por la Universidad de Chile sobre el tema enunciado en la siguiente pregunta: "La novela social contemporánea ¿podrá ser invocada en el porvenir como fuente de información acerca de las costumbres y de las ideas de nuestra época?". La tesis era apasionante. Fuenzalida Grandón al desenvolver su argumento, se decidió por la afirmativa, es decir, con algunas reservas, concluyó aceptando que la novela social puede ser un documento para reconstruir la vida y las costumbres del pasado. La respuesta al tema universitario fue publicada como una monografía con el título *Valor histórico de la novela social contemporánea*, en los *Anales de la Universidad de Chile* (t. LXXV, p. 121-182). De ese artículo se hizo una edición separada en 1889, de 64 páginas en 8º—. La Facultad de Filosofía y Humanidades, que había sido



la que abrió el certamen de la Universidad, premió el ensayo de Fuenzalida Grandón con medalla de oro, previo el informe suscrito por Benjamín Dávila Larraín, Vicente Grez y Gabriel René-Moreno. Más que un ensayo discursivo y razonador, hay en estas páginas una lectura copiosa, variada, así de la novelística como de la sociología, y por sobre todo eso, sagacidad en las observaciones. Ha sido escrito con método, claridad en la exposición y dominio en el asunto. "... pero no estriba en esto el mérito principal de aquel ensayo juvenil —dice Julio Vicuña Cifuentes— ni siquiera en su variada cultura, superior a sus años, de que allí el autor da muestras, sino en el método que sigue, que denuncia la prematura madurez de su inteligencia. En esa breve monografía está algo más que en ciernes el investigador sagaz y laborioso de más tarde".

*Influencia de Barros Arana. Recuerdos.* Lo preparaba Barros Arana. "En la época de vacaciones —recordará Fuenzalida Grandón— solía invitarme a su quinta de San Bernardo y me encomendaba ciertos pequeños trabajos de investigación, ya para el Archivo del Ministerio del Interior, ya para los Archivos parroquiales u otros particulares, de que él tenía noticias fidedignas, pues lo habrían obligado a ir a consultarlos en persona y se sentía cansado. Escuché de su boca anécdotas interesantes, tan variadas como sugerentes. Y como él era un buen fisonomista y tenía una vista de águila para ver a distancia, y una de las memorias más poderosas que he conocido en mi vida, interrumpía su charla para expresar con una palabra, con una frase lapidaria, la biografía de la persona que se le acercaba. Su juicio sobre las gentes, era de una franqueza estupenda, fuese quien fuese la persona. Y así pude imponerme de la vida y milagros de mucha gente que traficaba muy oronda por las calles. Con los ojos milagrosos de la memoria, evocaba el pasado con una frescura que era un primor, con una franqueza que era terrible, con un apasionamiento que a veces, tal vez, no era ecuánime. Yo, que era antiguo Profesor, aprendí mucha historia con él, esa historia de bastidores, de esos rincones amables que no salen en los libros, de esa vida literaria no escrita, porque los historiadores de las letras no lo dicen, o porque las ignoran, o porque no se atreven a sacarla al sol. Respecto de las cosas, de los monumentos históricos con que solíamos tropezar en nuestros paseos, sabía lo que vulgarmente se llama la Biblia. Y así me impuse de actos ocurridos en la lejanía del tiempo, de sitios en que pocos sospechaban lo pasado allí. Ciertos acontecimientos, de los que apenas si quedaba una vaga vislumbre, ante la varilla mágica de la evocación, tomaban relieve extraordinarios. Así, en estas conversaciones —no digo diálogos, porque yo sólo escuchaba— adquirían a mis ojos la plasticidad penetrante y viva de la realidad. Eran clases al aire libre. Un mundo de noticias, un anecdotario gráfico en que una sola frase constituía toda una lección. En las clases del Instituto y en la cátedra del Pedagógico

que desempeñé por varios años, vacié a mis discípulos una variedad de conocimientos que, en gran parte, no eran sino la repetición de lo que a don Diego había oído en aquellos paseos por la ciudad que para mí eran un encanto”.

*La primera obra histórica: Lastarria.* Habían corrido cerca de dos años desde la aparición del ensayo de Fuenzalida Grandón sobre el *Valor histórico de la novela social contemporánea*, cuando en 1890 con el seudónimo de *Alfa* se presentó al certamen propiciado por el Club del Progreso, a instancias del mecenas Federico Varela, en el cual entre otros temas, figuraba uno acerca de la vida y obras de José Victorino Lastarria y su influencia en el desarrollo político e intelectual de Chile. Su estudio obtuvo el premio en consideración al informe que suscribieron Diego Barros Arana, Valentín Letelier y Benjamín Dávila Larraín. En una parte el informe decía: “. . . *Alfa* ha conservado la independencia de criterio que se requería para aceptar o no los juicios del autor protagonista según resultasen ser conformes o no con los hechos investigados imparcialmente por el biógrafo. Por la serenidad de espíritu que mantiene para no apasionarse de su protagonista, sin dejar de reconocer sus relevantes prendas personales, y por la imparcialidad con que juzga los hombres y los acontecimientos que con él se relacionan, el trabajo de *Alfa* es, a nuestro juicio, bastante superior. . . y merece el premio ofrecido al de mayor mérito. Se nota efectivamente en el trabajo de *Alfa*, aun prescindiendo de la ordinaria rectitud de sus juicios y de sus opiniones, un criterio más reposado y más dueño de sí mismo, un estudio más acabado de las condiciones sociales en que se ejerció la acción de Lastarria, a la par que un pulso más firme y más ejercitado en el arte de escribir. Su estilo no es acaso tan elegante. . . ; pero es correcto, más llano y más igual, y, en todo caso, hace destacarse la elevada personalidad de Lastarria, sea que hable del escritor o del maestro, del repúblico o del estadista, del diputado o del diplomático”. El libro se publicó primeramente en los *Anales de la Universidad de Chile* (ts. LXXXI, LXXXII y LXXXIV) en 1892, y se hizo una tirada aparte impresa en la Imprenta Cervantes, de Santiago de Chile, en un grueso volumen de 464 páginas, con el siguiente título: *Lastarria y su tiempo. Su vida, obra e influencia en el desarrollo político e intelectual de Chile (1817-1888)*.

¿Qué atrajo a Fuenzalida Grandón hacia el estudio de Lastarria? La concepción liberal del escritor, el sentido social de su obra de publicista, la filosofía positiva aplicada a la política, la vocación por la enseñanza y la fe en ella para cambiar el rumbo del país hacia ideales de un vasto progreso social, colectivo. Lastarria se le representaba como un demolidor y a la vez como un constructor. En todo caso, fue un sembrador. Todas las aspiraciones por las cuales luchó Lastarria, todas las reformas políticas que propició, se realizaron en el curso de su vida como necesidades esenciales del progre-

so institucional chileno. Además, ¿qué empresa de interés intelectual no impulsó en su vida? Odiado por la reacción, encontró en la juventud liberal comprensión. La vida de Lastarria escrita por Fuenzalida Grandón, es uno de los mejores libros logrados de nuestra literatura histórica, y está escrito a la manera inglesa de las biografías en que es el personaje el que habla. Personalmente a nosotros, desde el punto de vista de la concreción literaria, de la cohesión de pensamiento, nos satisface más la primera edición. Sin embargo, situándonos en el ángulo de una apreciación erudita, la segunda edición complace nuestros gustos y aficiones de especialista. ¡Qué maciza investigación la que contiene el libro reeditado con todas las reglas de la erudición histórica y bibliográfica! Fuenzalida Grandón, con el pretexto de escribir la biografía de un hombre ilustre dotado de las más extraordinarias cualidades intelectuales, ha hecho la historia de medio siglo, o más, de la vida política e intelectual de Chile. Es este, por lo tanto, un libro fundamental a que la bibliografía debe recurrir sin poderlo omitir en lo relativo al siglo XIX. El título de la segunda edición, impresa en Santiago de Chile en 1911, en dos volúmenes, es el mismo de la primera. Los dos tomos suman un total de 813 páginas. Una magnífica bibliografía de los escritos de Lastarria cierra el texto del segundo volumen. Para terminar con esta preciosa obra, diremos, reforzando nuestra idea anterior al considerar los *Recuerdos Literarios* de Lastarria como fuente bibliográfica de un período de la historia literaria y de la enseñanza nacionales, que exactamente *Lastarria y su tiempo* asume las mismas proporciones y que en algunos aspectos es mayor su importancia, porque rectifica al memorialista, lo depura de sus estridencias, lo completa en la información y lo presenta sin los apasionamientos propios del alma ardiente del autor del *Juicio histórico sobre Portales*.

*La Historia del desarrollo intelectual de Chile.* Tres años demoró Fuenzalida Grandón en dar a luz otra nueva obra, después de la dedicada a Lastarria. Es también fundamental. Si el fondo de ella es estrictamente histórico, la intención del autor fue sociológica para presentar el progreso de la cultura durante el dominio colonial. Apareció en el año 1903. Barros Arana en una carta al autor analizó prolijamente el libro en el diario *El Ferrocarril* de Santiago de 9 de octubre de 1903, y señaló con precisión el plan, al decirle: "...Ud. ha querido contraerse principal y casi únicamente a referir la historia de los esfuerzos hechos en nuestro país en favor de la enseñanza durante los 280 años de la vida colonial. Ud. ha desatendido casi en lo absoluto todo lo que podría llamarse historia de la literatura chilena en ese largo período; y seguramente ha hecho bien, por cuanto no ha querido llenar muchas páginas con noticias que ya habían sido consignadas en otros libros. Sin embargo, en el campo más estrecho a que Ud. ha limitado sus estudios para conocer el desenvolvimiento intelectual de Chile durante el período colonial, ha tenido

Ud. que recoger y ordenar un buen caudal de noticias que habían sido consignadas en escritos anteriores. De todos modos, el fruto de la investigación propia y personal de Ud., es verdaderamente enorme. La porción que de su libro puede llamarse de primera mano, forma más de la mitad de sus 576 páginas, y constituye un abundantísimo arsenal de noticias que la historia tiene que utilizar". La obra que comentaba Barros Arana la había publicado en Santiago de Chile la Imprenta Universitaria en un volumen en 8º de 583 páginas en total, con este título: *Historia del desarrollo intelectual de Chile (1541-1810). Enseñanza Pública y Cultura Intelectual*. Si es digna de celebrarse la erudición inmensa desplegada por Fuenzalida Grandón en el acopio de los materiales de la obra, erudición tanto histórica como bibliográfica y acaso ésta más que aquella, la superabundancia de datos ha dañado la arquitectura del libro, haciéndole perder las líneas de su estilo. Las materias, los temas, los capítulos están recargados. Y no es que el prurito de la investigación, llevado al extremo, haya prescindido de lo esencial, ni que las minucias adquieran al lado de sucesos sustantivos una misma prelación; no es eso; y quien así lo creyera caería en un equívoco. Se trata del arte de la composición, es decir, de la forma como ha sido realizado el libro, de su equilibrio, en suma. Los mismos hechos, todos de una importancia de primera significación, se acumulan prodigiosamente y se encadenan en tal sucesión que el lector se abruma. Hay, sin cuestión, un error en el plan del libro, acaso cierto capricho en la concepción, pero sería inútil negarle su seria envergadura, su cabal información, sus inapreciables noticias. A cada paso proporciona materiales para la bibliografía chilena en los asuntos de que trata y que son siempre las más escasas acerca de la enseñanza especial y primaria, la docencia y la educación femeninas, los legistas, la medicina, la enseñanza y la cultura científica, la geografía, la ingeniería, las ciencias naturales, la técnica industrial y minera y la mineralogía. El libro de Fuenzalida Grandón constituye junto con los de Medina intitulados *La Instrucción Pública en Chile desde sus orígenes hasta la fundación de la Universidad de San Felipe* (2 vols., 1905) y la *Historia de la Real Universidad de San Felipe* (2 vols., 1928), los anales más completos y preciosos de la evolución intelectual chilena durante el coloniaje. Con estos tres libros básicos y la *Historia de la Literatura Colonial de Chile* y la *Biblioteca Hispano-Chilena* del mismo Medina, nuestro país tiene trazadas hasta en sus menores líneas las visicitudes del espíritu de la cultura nacional en las letras y en las ideas que dominaron en los hombres y en las instituciones de Chile español. Si a esas obras se añaden las de Domingo Amunátegui Solar, *Los Primeros años del Instituto Nacional (1813-1835)* publicada en 1889, la *Historia General de Chile* de Barros Arana (16 vols. 1884-1902) y la *Historia de Chile desde la Prehistoria hasta 1891*, de Francisco Antonio Encina (20 vols., 1940-1952), el cuadro general de la evolución de la cultura chilena se tiene trazado magistralmente.

*La Evolución Social de Chile.* Pero Fuenzalida Grandón había de continuar espigando en el mismo campo de la cultura intelectual desde otro ángulo, al mirar el fenómeno desde el social. Ese carácter tuvo la obra que lanzó en 1906 con el nombre *La Evolución Social de Chile (1541-1810)*, impreso por la Imprenta, Litografía y Encuadernación Barcelona, en 1906, en un volumen en 8º de 427 páginas. Util esta obra como fuente para la bibliografía en muchas y muchas de sus páginas, a nuestro juicio el tema no está desarrollado ni en el sentido histórico ni sociológico que pretendió el autor. Lo que hay en el libro son materiales espléndidos para fundamentar una historia social, elementos de consideración en qué apoyarla, especialmente para el conocimiento de la estructura étnica de la sociedad chilena. Se comprende que asuntos de esta naturaleza, préstanse, como no puede menos de ocurrir, a las más variadas interpretaciones, pero no es posible hacer aquí ninguna observación dado el objeto de este estudio. Sin embargo, debemos decir que nuestra historia tan bien investigada e interpretada en su aspecto político y literario, ha sido descuidada y es pobrísima en la parte social. Vicuña Mackenna vislumbró su importancia y creyó que la trazaba, dejando aportes de singular valía, trozos para apreciarla y ensayos para enfocarla. Pero el autor de la *Historia Crítica y Social de Santiago* (2 vols., 1869), no tuvo nunca un concepto claro del fenómeno social en sí mismo y confundió al hombre con la masa; destacaba a un personaje como centro de un movimiento social, porque no comprendía que las transformaciones de los sentimientos, anhelos y razonamientos de la sociedad, no pueden expresarse sin la presencia de un caudillo, el cual, en un momento dado encarna las aspiraciones vagamente nacidas en el conglomerado social. Fuenzalida Grandón puede considerarse como el iniciador de los estudios acerca de esta materia con su libro *La Evolución Social de Chile*. Tuvo, como en todas las cosas, precursores, y, desde luego, uno bastante lejano, como lo es incuestionablemente Alonso González de Nájera, autor del libro *Desengaño y reparo de la guerra de Chile* escrito en el siglo xvii, y que es el primer tratado de sociología chilena. Lastarria con su libro *La América* (1865) y Miguel Luis Amunátegui, Barros Arana y Vicuña Mackenna habían antecedido a Fuenzalida Grandón en la historia social, y en la misma época en que escribía el autor de *La Evolución*, Nicolás Palacios, un año después, publicaba la obra *Raza Chilena* (1904). La fundamentación científica de los elementos de la nacionalidad en su aspecto racial, expuesta con tan ingeniosas hipótesis por el doctor Palacios, no lo gran convencer a nadie en nuestros días, y, en cambio, la clara exposición de Fuenzalida Grandón al estudiar las influencias extranjeras en el nacimiento de nuestra raza, se destaca en los capítulos de su libro con claridad magistral. Y adviértase que *La Evolución Social* sólo contiene materiales para una historia de esta naturaleza.

*Otras obras de Fuenzalida Grandón.* Las otras obras de Fuenzalida Grandón no tienen ningún nexo con la bibliografía, tales como *La enseñanza en Alemania* (1913), *El Trabajo y la Vida en el Mineral de "El Teniente"* (1919) y *Algo sobre Blest-Gana y su arte de novelar* (1923). Son estudios suyos también otros dos que rara vez se mencionan en su bibliografía, como, por ejemplo, la *Reforma de la ley de Imprenta*, tirada aparte de la *Revista del Progreso* (t. III, 330), Santiago de Chile, 1889, 4º, 20 páginas; *Corona Fúnebre de D. Manuel Antonio Matta*, Santiago de Chile, Imprenta Gutenberg, 1893, 4º, 559 páginas y un retrato y *Los Premios del Profesorado. Cartas a Carlos T. Robinet*, Santiago de Chile, Imprenta El Educador, 1939, 4º, 20 páginas. Nunca se han recogido en un inventario bibliográfico los numerosísimos artículos dados a luz en *El Atacameño*, *El Positivista*, *La Libertad Electoral*, *La Ley* y *El Mercurio*. Alcanzaron resonancia los artículos que, insertos en *La Ley*, diario de Santiago, sobre *Los límites chileno-argentinos* (9 de noviembre de 1901 y siguientes) fueron incorporados en la *Exposición Chilena ante el Tribunal Arbitral de S. M. B., París, 1900*.

*Las compilaciones de las obras de Lastarria y de Barros Arana.* Entre otros trabajos de erudición de Fuenzalida Grandón, no pueden omitirse las dos grandes compilaciones que emprendió por encargo de la Universidad de Chile, las cuales rebosan su extraordinaria erudición bibliográfica. La primera de esas compilaciones fue la de las *Obras Completas de José Victorino Lastarria*, iniciada en 1906 y publicada en 14 volúmenes entre los años 1908 y 1934. "La edición fue acompañada de introducciones críticas y anotaciones históricas, constitucionales, jurídicas, políticas, literarias y bibliográficas", como el mismo Fuenzalida Grandón lo apreció en 1938. La otra vasta compilación fue la de las *Obras Completas de Diego Barros Arana* en 16 volúmenes, comenzada en 1908 y a la cual, sin concluirla, se le puso término en 1913. También esta edición de las obras del historiador, Fuenzalida Grandón la anotó con citas bibliográficas muy valiosas. Así, como las *Obras Completas de Lastarria* las hizo preceder de una notable vida del escritor, para las de Barros Arana quiso hacer lo propio. Pero su albacea testamentario Luis Barros Arana le negó los documentos y hubo de desistir del proyecto, aunque, sin embargo, siempre lo alentó y aun lo llevó a efecto. En 1935, se imprimieron en Valparaíso en la Imprenta y Encuadernación Roma, 14 pliegos, de 8 páginas cada uno, de un libro que Fuenzalida Grandón había escrito con el título de *Barros Arana y su Época. (1830-1907) Conversaciones con Don Diego*. Hacia esta época el autor había comenzado a sufrir las perturbaciones de la arteriosclerosis y no pudo continuar una obra que iba escribiendo a medida que se imprimía. En cierta ocasión, nos obsequió con la colección de pliegos editados, que entendemos son los únicos que se conservan de esta malograda obra.

Después de haberse acogido a la jubilación, Fuenzalida Grandón escribió con muchas intermitencias en la prensa. *El Mercurio* de Santiago era principalmente el órgano de publicidad que empleaba para dar a luz sus estudios siempre de índole histórica y bibliográfica. En una revista de su especialidad como la *Chilena de Historia y Geografía*, publicó (LXXIV, n. 78, p. 172) una breve semblanza de Gaspar Toro (1848-1933), Secretario General que fue de la Universidad de Chile. Antes de establecerse en Valparaíso por motivos de salud, en la revista *La Información*, editada por la Caja de Crédito Hipotecario de Santiago, escribió con cierta frecuencia. Hay un índice muy bien hecho de esa revista, de modo que la consulta de los escritos de Fuenzalida Grandón es fácil realizarla. Los *Anales de la Universidad de Chile* reunieron en homenaje a su memoria, con motivo de su fallecimiento, tres de los artículos de *La Información*, que tienen valor permanente. Se encuentran en los números 45/46 de la 4ª serie de 1942, y éstos son *Don Valentín Letelier y su labor intelectual*, (p. 73); *José Toribio Medina (En su jubileo de los 75 años)*, (p. 90); y *Mitre en Chile* (p. 103). En todos estos hay siempre datos curiosos que no son generalmente fáciles de obtener y que sólo consigue lograr la experiencia de un buen investigador. En una lista de los libros y folletos escrita por el mismo Fuenzalida Grandón y que después publicó en 1938, consignaba las siguientes obras en preparación: *Argentinos en Chile; Anónimos y seudónimos hispanoamericanos; Seudónimos literarios chilenos; Evolución artística de Chile; Evolución docente de Chile; Historia de la Universidad de San Felipe; Historia de la Medicina Chilena; Evolución Industrial de Chile y Virutas históricas*. Total 9 obras.

En 1934, entregó a los *Anales de la Universidad de Chile* el ensayo *A cien años de un famoso viaje. Darwin en Chile*, del cual se hizo por las prensas de esa corporación un folleto en 4º— de 49 páginas con láminas y retratos. Si no estamos equivocados, fue ésta la última publicación histórica del escritor.

Fuenzalida Grandón falleció en Santiago de Chile el 15 de abril de 1942, a los 77 años.

*Referencias:* Se carece de una biografía orgánica de Fuenzalida Grandón. Virgilio Figueroa aporta algunos datos en el *Diccionario*, 1929, t. III, p. 234. Son más completas las informaciones y el estudio de la obra del escritor en nuestro ensayo *Alejandro Fuenzalida Grandón, Santiago de Chile, Imprenta General Díaz, 1938, 8º, 29 páginas*. Contiene el discurso que pronunciamos al recibirlo en la Academia Chilena de la Historia. Lo apreció así el autor: "Muy noticioso, abarca diversos puntos de mi vida que yo sepa no habían sido dados a la publicidad. Consigna datos que no creo que se hallen en parte alguna, aunque por ahí corren muchas biografías mías, en antologías, diarios y revistas, tanto de Chile como del extranjero. Pero un conjunto de noticias tan sistemáticas, homogéneas y de aguda crítica, entiendo jamás había sido dado a la estampa". Estas palabras están escritas en la *Carta autobiográfica a G. F. C. de la Academia de la Historia* por Fuenzalida Grandón. En William Belmont Parker, *Chileans of to day, Santiago de Chile, 1920*, se encuentra una esquemática biografía, que fue entonces escrita por nosotros mismos. Julio Vicuña Cifuen-

tes recibió a Fuenzalida Grandón en su calidad de miembro académico de la Facultad de Filosofía y Humanidades de la Universidad de Chile y con tal motivo pronunció en su elogio un noticioso discurso. Se encuentra publicado en los *Anales de la Universidad*, tomo CLXX, año 1922, p. 243. En 1965, escribimos una apreciación acerca del historiador con motivo del empleo de los viajeros extranjeros hecho por éste en *La Evolución Social de Chile*, que se encuentra en nuestra obra *Notas para una Bibliografía Sobre Viajeros Relativos a Chile*, Editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1965, págs. 105-106. En el N° 9 correspondiente al mes de septiembre de 1913 se halla en la *Revista de Bibliografía Chilena y Extranjera*, una bibliografía de Fuenzalida Grandón, hecha por él mismo, según entendemos. La bibliografía es naturalmente incompleta con relación a las publicaciones posteriores del autor; pero hay allí una lista de artículos sobre el escritor que alcanzan a 19 y que son del mayor interés. Véase la pág. 186 de la *Revista*. Laval en su ya tantas veces citada *Bibliografía*, n. 118 da una nota biográfica de nuestro autor. En la *Revista Chilena de Historia y Geografía* y en los *Anales de la Universidad de Chile* del año 1942 se dan escasas noticias. Antes de su fallecimiento, Fuenzalida Grandón donó su biblioteca a la de esa corporación.